

## Talleres

Pedro CHARRO AYESTARÁN\*

Hace años puse en marcha el taller literario de la UPNA. Al principio lo hacía yo solo, luego entró otra persona, quien le dio un toque muy particular. Se tomaba en serio lo de no ser complaciente. Yo no tengo tantas pretensiones. Ahora, después de unos años, vuelvo a tener noticia de gente que pasó por allí: hay quien está en China o ha tenido un hijo. Alguno publicó algo. Aquello se terminó: a la Universidad no le interesaba mucho, redujeron también presupuesto. Luego se retomó con otras personas. Creo que estas cosas tienen poco lugar en la Universidad, donde se escriben cosas valiosas, en general poco legibles, pero que suman puntos en no sé qué comité de evaluación. La escritura literaria no es un saber que se transmite y donde, si uno hace un esfuerzo, adquiere la competencia. Ese esquema, que es en el que se basa la Universidad, no vale, o no del todo. Aquí el saber en sí no es garantía de nada. Aquí hay que saber hacer, que es otra cosa. Hay quien sabe muchísimo de literatura pero no da luego pie con bolo escribiendo. En general no era esto lo que pasaba en el taller. Salvo excepciones, la gente sabía poco, no había leído lo imprescindible y era muy osada: escribían de forma elemental, pero además creían que no lo hacían del todo mal. Había que ser muy hábil para hacer una crítica que fuese valiosa y no se considerase humillante. Al comienzo coincidían alumnos con profesores y personal de la administración, que tenían un perfil y unos intereses muy distintos. Aquello era inconciliable. Era como reunir a Borges con *Blade Runner*. Hacíamos ejercicios sobre personaje, voz narrativa, estructura. Esas cosas. Ya no recuerdo bien. Seguro que a quien no ha oído hablar nunca de ello le ahorra algún tiempo. Seguro que alguien sacó algo de allí. Sin embargo soy en general pesimista.

55

Hace poco leí una página de Baroja en *La última vuelta del camino* donde dice que “en literatura se aprende muy poco y el gran escritor en general da la muestra de lo que es desde el principio”. Con todos los peros que se quiera, creo que esto es verdad. Hay quien tiene talento y quien no. Luego, habrá que pulirlo, ganar oficio, experiencia, aprender algo también de gramática parda, pero el talento inicial es imposible subsanarlo. En los talleres esto se ve enseguida, se da uno cuenta de quien tiene voz narrativa y es capaz de ir al grano y contar algo con cierto interés; quien es capaz de dibujar un personaje o exponer un conflicto real, a quien se pierde desde el principio.

Después del taller di también clases de escritura creativa en el *Aula de la experiencia*, dos años, con cierto éxito. Supongo que eso no tiene mucho mérito, porque allí reinaba el más

---

\* Profesor de Derecho Procesal, Director de la Escuela Práctica Jurídica Estanislao de Aranzadi. Impartió cursos de escritura creativa en el Taller Literario de la UPNA

inmoderado afán de saber, de abrirse a cosas, de escribir, de luchar contra el reloj. Yo estaba bastante ocupado y no preparaba gran cosa las clases, pero sin duda allí di lo mejor de lo que soy capaz, por eso no pienso ya repetir. En el *Aula* repartía muchas funciones: uno tomaba nota de lo que se decía y hacía un resumen final, otro hacía un dibujo, todos los días se leía una greguería para empezar y todo el mundo escribía y hablaba sin parar. Un día les dije que escribieran media cuartilla sobre su padre: cómo era, qué rasgo recordaban de él. Fue extraordinario, salió un material excelente. También de su pueblo, o del maestro.

Creo que el objetivo de un taller es lograr que la gente escriba mal, quiero decir, que se deje de ampulósidades y pretensiones literarias, que renuncien a escribir bien. Eso resulta muy relajante para ellos. Hay un gran equívoco con la literatura y la gente que se acerca a la escritura —hablo sobre todo del *Aula*, que es lo que más recuerdo, pero también del resto— arruina cualquier cosa cuando intenta darle un falso tono literario. En un taller se trataría de ir desprendiéndose de eso y cambiarlo por un nuevo tono. Se trataría de buscar, según la vieja expresión, un *estilo* propio.

Recuerdo que en el aula había una mujer que había sido toda su vida empleada de hogar, que escribió un texto magnífico sobre un día que se escapó de casa de niña y se encontró con otra chica que también se había escapado. Ambas tenían la vida y el mundo por delante, pero estaba en un pequeño pueblo, en los años 40, y no tenían ningún horizonte. Lo bueno es que esto se transmitía de la conversación trivial de dos niñas, de sus pequeñas cosas e inquietudes, y esa sí que era una manera genuinamente literaria de transmitir algo muy hondo, ahí sí que había una voz. Esa es la búsqueda que hay que hacer, no sé si en un taller o en una silla contra la pared. Ahora se quiere algo más rápido y efectivo: una receta, una manera ya establecida de lograrlo. Imposible.

56

Al final de mi pequeña historia como *tallerista*, o lo que sea, creo que me aclaré de algunas cosas. La primera es justamente esta: que quien aprende algo en un taller es el que lo da, pues mejora mucho su perspectiva sobre la escritura y sus problemas. La segunda es que el taller no sirve —o no demasiado— para escribir, pero no importa. Un día, en el aula, leímos el comienzo de *Desgracia* de Coetzee. Era al final de curso. El primer párrafo dice algo así como que *después de mucho tiempo aquel hombre había solucionado el problema del sexo*. Aquello dio mucho que hablar. A diferencia del comienzo del taller, donde se leían cosas y se pasaba de una a otra sin más, de pronto todo el mundo percibió claramente que referirse al sexo como *problema* ya era decir mucho; decía muchísimo sobre el personaje, y estuvimos más de media clase dando vueltas a eso, comprobando cómo más es menos y cómo no puede pasarse nada por alto. Creo que al final del taller los alumnos habían aprendido a leer. A fin de cuentas, ese puede ser el mejor beneficio de un taller de escritura.